

Domingo COMAS (coord.), Josune AGUINAGA, Francisco Andrés ORIZO,
Ángeles ESPINOSA, Esperanza OCHAITA
Jóvenes y estilos de vida. Valores y riesgos en los jóvenes urbanos
Fundación de Ayuda contra la Drogadicción (FAD) e Instituto de la Juventud
(INJUVE), Madrid, 2003

La necesidad de afinar y de buscar alternativas a los conceptos teóricos clásicos —como clase o estatus social— en la investigación sociológica, ha llevado en las últimas décadas a indagar en las potencialidades explicativas de conceptos alternativos como el de *estilo de vida*. Aunque aún no se ha alcanzado una versión teórica definitiva del concepto, su aplicación empírica parece haber orientado su concepción como un resultante global del sistema de valores, actitudes y conductas de un individuo, que acaba configurando un modelo definido de las actividades diarias que caracterizan a la persona. El éxito en superar las dificultades que *a priori* presenta la operacionalización de este concepto así entendido, es uno de los logros metodológicos a destacar de la obra colectiva e interdisciplinar que nos ocupa. Este estudio, coordinado por Domingo Comas, resulta ser una verdadera fuente de datos, análisis empíricos, y de elaboradas tipologías, cuyo interés no sólo concierne a quienes investigan o trabajan en temas de juventud, sino también a todo aquel interesado por la sociología del ocio, de los valores, de género, o de la religión, por citar algunas de sus aportaciones más destacadas. El reto de esta ambiciosa investigación ha consistido en establecer una visión completa del comportamiento de los jóvenes urbanos

españoles entre 15 y 24 años, a partir de aquello que efectivamente hacen, es decir, de su conducta formal respecto al uso del tiempo, a lo largo de cuatro días estándar (jueves, viernes, sábado y domingo) para, de una parte, relacionarlo con sus valores y, de otra, con una serie de declaraciones relacionadas con comportamientos de riesgo. Ha supuesto el estudio conjunto y triangular —inédito en nuestro país— de tres dimensiones básicas: *usos del tiempo*, *valores* y *comportamientos de riesgo*. La hipótesis general que subyace a la investigación se refiere precisamente a la existencia de relaciones mutuas y a cierto grado de interdependencia entre estos tres componentes. Por lo tanto, su objetivo central va encaminado a la descripción detallada de estos tres factores para poder establecer, posteriormente, un universo de comportamientos y valores —en definitiva, de estilos de vida— que se relacionen también con los riesgos. Las hipótesis de trabajo se fundamentan en varios marcos teóricos: el modelo teórico de transición hacia la sociedad del ocio; el modelo de transición hacia los valores postmaterialistas; las necesidades en la transición hacia la vida adulta; y una perspectiva ecológico-sistémica que trata de integrar los tres componentes. El interés en obtener una cuantificación exhaustiva y rigurosa de los fenómenos objeto de

estudio ha motivado la opción por una metodología cuantitativa, desarrollada a partir de una encuesta de ámbito nacional a la población diana de ambos sexos, residente en municipios de más de 20.000 habitantes. Para ello ha sido necesaria la elaboración de un amplio y complejo cuestionario, que reúne y sintetiza cuestionarios comprobados y utilizados con anterioridad en las tres líneas de investigación que se articulan y convergen en el presente trabajo.

El abordaje de la primera cuestión relativa a la *distribución de los tiempos* analizada por Josune Aguinaga, constata la emergencia de un comportamiento dual entre los días laborables y los de fin de semana. Durante los primeros se “nidifican” los horarios en función de las obligaciones, mientras que en los segundos triunfa el ideal de levantarse más tarde, relacionado con un mayor grado de nocturnidad. Este comportamiento “nictálope” de fin de semana se habría configurado como una práctica común entre los jóvenes —tanto estudiantes, trabajadores o inactivos— constituyendo uno de los componentes clave en el modelo de transición hacia la sociedad del ocio, en donde la especialización temporal parece desligarse de otras diferencias sociales: el fin de semana es el espacio del ocio, en especial del ocio nocturno, y su relevancia como tal se estaría manifestando al margen de cualquier tipo de variaciones sociodemográficas. La normatividad de los días laborables estaría siendo contrastada en la actualidad con lo que se ha configurado como una normatividad alternativa —la del ocio

del fin de semana—, que implica la transgresión radical de horarios en el ciclo de la vigilia y el sueño. El análisis de los datos muestra cómo son cuatro las *actividades realizadas durante la vigilia* cuya mayor duración a lo largo del día les confiere un carácter esencial para los jóvenes y adolescentes: alimentarse, asearse, ver la televisión y desplazarse. Resulta muy interesante constatar que *ver* la televisión se ha situado, a gran distancia y al margen de otras prácticas de ocio, como una parte de las actividades básicas cotidianas a que se dedica más tiempo. Otro núcleo importante de actividades lo conforman las obligaciones formales como estudios, trabajo, tareas domésticas y gestiones burocráticas. En relación con las principales actividades de ocio, aparte de la televisión, las más significativas son, por este orden, charlar con los amigos, tomar copas, ir de compras por la ciudad, escuchar música, manejar el ordenador o los videojuegos, y practicar deportes. La expansión real de las nuevas tecnologías en España, parece estar en la base del espectacular aumento del ocio asociado al ordenador y los videojuegos, que ha pasado de ser una práctica desarrollada diariamente por el 3% de jóvenes en 1996, al 20% en 2002. Por otra parte, resulta preocupante que actividades de ocio ilustrado o formativo como leer libros, escuchar la radio (no musical), practicar un hobby o leer la prensa, se configuren en la actualidad como las opciones más minoritarias entre los jóvenes españoles, practicadas sólo por una minoría ilustrada. La frecuencia de actividades de voluntariado en los jóvenes parece

ser también mínima en la actualidad (entre un 0,8 y un 1,9%). La práctica religiosa es, sin embargo, la que registra una disminución más espectacular, habiendo pasado de ocupar el tiempo de un 8,3% de jóvenes en 1996, a un 3,5% en 2003, al tiempo que quienes se declaraban católicos practicantes pasaban también del 15% al 8%. Respecto a los *lugares* en que se pasa el tiempo los diferentes días de la semana, la residencia propia destaca como espacio en donde más tiempo se pasa cualquier día de la semana, aún excluyendo las horas de sueño. En los días laborables ocupan un lugar relevante los centros escolares o de trabajo, y los fines de semana los locales públicos de ocio o diversión. En este sentido, Aguinaga subraya que la calle no es nunca el lugar de estancia preferente: la mayor parte del tiempo que se pasa en ella está dedicado a desplazamientos. Este dato tiene un especial interés en relación con el tiempo de ocio de los jóvenes. El tiempo dedicado al consumo de alcohol no transcurre en la calle, sino mayoritariamente en los locales públicos, tanto a diario como en los días festivos. Surge además en el estudio un claro predominio del grupo de amigos de ambos sexos como grupo clave para el desarrollo de las prácticas de ocio juvenil, lo cual vendría a mostrar como éstas se han convertido —sin necesidad de intervenciones institucionales— en un espacio privilegiado para la eliminación de las prácticas de segregación entre géneros.

En el capítulo dedicado a la *exposición a riesgos* de la juventud española, Esperanza Ochaita y Ángeles Espinosa se centran en cinco cuestiones básicas:

el consumo de tabaco, alcohol y drogas ilegales; la inseguridad y violencia; accidentes de tráfico; comportamientos sexuales y uso de anticonceptivos y profilácticos y fracaso escolar. En general, los datos relativos al consumo de tabaco en la población urbana joven objeto de estudio parecen mantenerse estables. El porcentaje de no fumadores entre los 15 y los 24 años, se sitúa en el 45,9% de la muestra, mientras que quienes declaran fumar poco —cinco cigarrillos o menos diarios— alcanzan el 5,4%. Parece confirmarse también la tendencia a la iniciación temprana (el 17,8% de los adolescentes ya fuma a la edad de 15-16 años), y la incorporación masiva de los jóvenes a la práctica, que ya supera al porcentaje de fumadores. Se siguen encontrando, por otra parte, importantes niveles de consumo de alcohol, especialmente durante los fines de semana, y de forma más abusiva entre los varones. También se verifica en este caso una iniciación temprana, y el progresivo aumento de los bebedores desde la adolescencia a la juventud. En cuanto al recurso a las drogas ilegales, parece haber aumentado su consumo, tanto experimental como habitual, en la práctica totalidad de sustancias, especialmente de cannabis, pero también en menor medida, de anfetaminas, alucinógenos y cocaína. En relación con la percepción de la violencia y la inseguridad, parece ser que en nuestro país el maltrato entre escolares es un fenómeno fundamentalmente masculino. Con todo, y en términos generales, la incidencia registrada por las autoras no es muy alta —sólo un 6% de los jóvenes estudiantes perci-

ben comportamientos violentos en sus centros docentes—y ésta, en general, resulta ser menor que la confirmada en otros países de nuestro entorno cultural. La percepción de la violencia que se desprende del análisis de las respuestas parece indicar que el 59,8% de la población encuestada considera que se trata de un problema cierto, mientras el 30,8% afirma que quizás se trata de una exageración. El género tiene sobre esta percepción subjetiva de seguridad o inseguridad un efecto significativo. Así, las jóvenes —con independencia de la situación concreta de violencia o inseguridad— perciben más intensamente que los hombres la violencia juvenil y tienden a sentirse más inseguras. Sin embargo, en el terreno de la violencia real —y aunque la gran mayoría de los y las adolescentes no participa en acciones violentas o agresivas— son los chicos quienes en mayor medida afirman haber sido víctimas de estas situaciones, pero también quienes en más ocasiones las han desencadenado. En lo que afecta a los accidentes de tráfico, las investigadoras sugieren que los datos relativos al género parecen ir en la misma línea que estudios previos: los chicos tienen más accidentes de tráfico y más graves que las chicas. Dentro del ámbito de los comportamientos sexuales, constatan un aumento en la proporción de jóvenes de ambos sexos sexualmente activos: si en 1995 el porcentaje de quienes mantenían relaciones sexuales completas era del 58% y en 1999 del 56%, ahora representan el 69,3%. Las chicas muestran ser, en este sentido, algo menos activas que sus compañeros varones. La mayor

parte de los jóvenes de ambos sexos que mantienen relaciones sexuales lo hacen con parejas estables en todos los niveles de edad, si bien se encuentran también importantes porcentajes de chicos y chicas que tienen relaciones promiscuas, con distintas personas conocidas, y con personas desconocidas (el 13% y el 5,5% de jóvenes entre 17 y 24 años, respectivamente). La mayoría de nuestros jóvenes dice mantener relaciones exclusivamente heterosexuales (58,1%), mientras un 3,6% afirma mantenerlas homosexuales y un 0,8% bisexuales. El preservativo destaca como el método anticonceptivo y profiláctico más usual (38%), seguido de la píldora anticonceptiva (12%). Sorprende no obstante, el elevado porcentaje de chicos y chicas mayores que recurren a una práctica anticuada e ineficaz como el coito interrumpido, al cual parece recurrir alguna vez un 13,2% de los jóvenes en la franja de 23-24 años. Los datos relativos al análisis del fracaso escolar nos descubren que, en general —y con independencia de los bajos niveles de estudio alcanzados por la población española— existen actualmente diferencias significativas en función de la variable género: las chicas muestran un mayor interés por los aprendizajes escolares, suspenden en menor medida y están más motivadas por el estudio que sus compañeros varones. Además, permanecen durante más años dentro del sistema educativo y alcanzan mayores niveles de cualificación.

Francisco Andrés Orizo dedica el capítulo destinado a acometer el *análisis de los valores y orientaciones de vida* a estudiar, en primer lugar, los

valores *finales* o básicos que sostienen las actitudes de nuestros jóvenes. En segundo lugar, se abordan los valores *instrumentales* que reflejan y traducen los anteriores en códigos normativos y guías de conducta, para pasar posteriormente a examinar la proyección de estos valores en *normas de tolerancia y permisividad* que actúan a favor de la legitimidad social de determinadas conductas. Por último, acomete el análisis de las respuestas a un repertorio de conductas y actividades, indicadoras de una *orientación al riesgo y la aventura* . A partir de los datos de la encuesta Orizo considera que, los valores *finales* que mayoritariamente parecen impulsar y animar a nuestros jóvenes en sus objetivos vitales, tienen que ver con las siguientes cuestiones: tener buenas relaciones familiares; ganar dinero; vivir como a uno le gusta sin pensar en el qué dirán; tener muchos amigos y conocidos; tener éxito en el trabajo; tener una vida sexual satisfactoria y obtener un buen nivel de capacitación cultural y profesional. En un segundo bloque de adhesiones de menor importancia, y en donde se van ampliando las distancias entre modelos de valor, parecen situarse cuestiones como llevar una vida moral digna, respetar la autoridad y hacer cosas para mejorar el barrio o la comunidad. Finalmente —y por debajo de 5 en la escala de 1 a 10— se sitúan las dimensiones más inmateriales, a las que sólo pocos encuestados conceden, además, poca importancia: interesarse por temas políticos y preocuparse por cuestiones religiosas. Para el investigador podría hablarse de los jóvenes actuales como de una población en

la cual han avanzado los paradigmas materiales y materialistas, aquellos más anclados en la cara más terrenal y secularizada de la cultura dominante. Del análisis factorial de componentes surgen cinco factores principales en la estructura y composición de los valores *finales* de nuestros jóvenes, que tienen que ver con aquello que les importa en la vida. Se trata, por orden jerárquico, de los *valores sociales de integración e inserción social* ; la *sociabilidad* ; el *disfrute y la libertad* ; el *orden moral y la disciplina* y, por último, el compromiso en el *interés público* , el *altruismo* y la *trascendencia* . En relación con el otro conjunto de valores, el de los *valores instrumentales* , el análisis factorial descubre un primer factor de *cooperación social* que equivale a un manual de buena conducta en cuanto a la relación con los demás, y que es considerado mayoritariamente como el más importante conjunto de virtudes y disposiciones, integrado por la tolerancia y respeto, solidaridad, honradez, sentido de la responsabilidad, buenos modales, y capacidad para disfrutar. Un segundo factor denominado de *motivación y espíritu de logro* , recoge un retorno de antiguas virtudes como la valentía y capacidad de riesgo, el espíritu de ahorro, la determinación y perseverancia, el esfuerzo en el trabajo, el espíritu de superación, la independencia y la autonomía. El tercer factor remite a unas *capacidades interiores* , a la libre expresión de nuestro yo interior, que componen la posesión de imaginación/ creatividad y el tener curiosidad por las cosas. El *acomodo frente al exterior* constituye un cuarto factor que

incluye el cuidado del aspecto físico y el interés en cuestiones sociales o políticas. Y por último, la *fe religiosa* y la *disciplina*, conforman el quinto y último factor —y al cual se le atribuye menos importancia de los cinco— que recoge la referencia a la trascendencia. El cruce de los componentes principales de todos estos factores asociados a valores, con las variables sociodemográficas, ideológicas y religiosas, descubre interesantes relaciones lineales. La variable política aparece, en este sentido, como la más discriminante, estableciendo dos polos que fijan el eje en torno al cual se plasma la constelación de valores: uno, en la derecha —y que puede llegar hasta el centro— que fija las orientaciones favorables al orden, las formas y convenciones y, en definitiva, las “viejas” virtudes; y otro en la izquierda, que fija las orientaciones favorables a la libertad, el disfrute, la autonomía personal, y la implicación con los otros, en lo que podrían considerarse “virtudes emergentes”. De esta forma, mientras en el polo de la derecha se ubicarían los valores *instrumentales* relacionados con la valentía, dinero, ahorro, determinación, espíritu de superación, modales, obediencia, trabajo, aspecto físico y fe religiosa, en el de la izquierda se ubicarían la tolerancia, solidaridad, independencia y autonomía, curiosidad, imaginación y vivir libre. A este segundo bloque, además, la variable religiosa relacionada con los no creyentes incorporaría “sexo y disfrutar” como un valor *instrumental* más. En relación con el *grado de admisibilidad* de normas de conducta por parte de los

jóvenes, el análisis de la encuesta revela los siguientes resultados: se justifica el aborto y la eutanasia; se considera no admisible, pero con una justificación parcial, hacer trampa en los exámenes u oposiciones, emborracharse y aplicar la pena de muerte; se considera inadmisibles en general, el robo en grandes almacenes, y circular con exceso de velocidad y, finalmente, se considera inadmisibles y sin justificación la violencia contra la policía, los contratos desfavorables a extranjeros y romper el mobiliario urbano. La comparación con otras encuestas anteriores muestra según el autor un ascenso de la permisividad y una mayor tolerancia, en general, de los jóvenes encuestados. Pero si atendemos a las variables política y religiosa se comprueba que quienes lideran la permisividad o el *liberalismo moral* se ubican preferentemente en los espacios culturales de la izquierda —lo que viene ocurriendo tanto entre las poblaciones jóvenes como en las de adultos—, mientras que los supuestos de *rigor y dureza social* están siempre más presentes en la derecha. La variable religiosa es la que parece promover en este ámbito relaciones lineales más claras. A medida que aumenta el grado de religiosidad descende el de *liberalismo moral*. Por otra parte, el análisis factorial de supuestos o situaciones que responden a una orientación al riesgo y a la aventura, descubre tres estilos de vida en relación con este tema: los *deportistas de aventura y exploradores*, que buscarían la excitación en el deporte y en el riesgo urbano; los *aventureros transgresores*, que siguen libremente el impulso del momento, de

las experiencias nuevas, en el límite y prohibidas; y los *apuradores del placer*, que buscarían la fuente de excitación en el sexo y en la bebida. De nuevo el cruce de estos perfiles con la variable ideológica permite observar cómo los jóvenes que se ubican en los espacios de la izquierda son siempre quienes lideran la orientación al riesgo. El análisis de conglomerados o *cluster* realizado con las respuestas a las preguntas sobre valores *finales*, *instrumentales* y *admisibilidad de acciones*, establece una interesante tipología de jóvenes, configurada de acuerdo con los valores que sustentan. Los ocho tipos hallados, dispuestos dentro de un eje en el cual un polo serían los valores que llevan a la integración social y el otro el de aquellos que llevan a la ruptura, responden a la siguiente ordenación de categorías: integrados positivos; materialistas descomprometidos; indefinidos, seguidores; desmotivados, retraídos; infractores, incívicos; asociales, negativos; y transgresores anti-sistema.

El último capítulo del estudio desarrollado por Domingo Comas pone a prueba la hipótesis principal e intenta componer —a partir de las distintas aportaciones inéditas del estudio—, la relación entre estilos de vida, valores y riesgos, objetivo último de la investigación. En primer lugar, el análisis factorial de las 28 actividades en que ocupan los jóvenes su tiempo, y un posterior análisis de clusters, genera cinco grupos de personas en función de aquello que efectivamente hacen, es decir de sus *estilos de vida*. Para Comas resulta pertinente clasificar a los jóvenes españoles en *estudiosos* (42%),

trabajadores (23%), *marchosos* (17%), *consumistas* (12%), y *hogareños* (6%). La incorporación a esta tipología del resto de dimensiones objeto del estudio permite elaborar un ajustado y riguroso perfil de cada uno de estos grupos. De manera esquemática, los *estudiosos* resultan ser tanto chicas como chicos que viven con sus padres, que se posicionan en el centro, y que son los católicos más creyentes. Quizá por el control familiar son los menos transgresores, los menos antisistema y los más partidarios del rigor social, lo que les convierte en los menos proclives al riesgo. En el grupo de los *trabajadores*, por su parte, hay algunos chicos más que chicas, son más numerosos a partir de los 23 años, una cuarta parte de ellos está emancipado, y son ideológicamente neutros, no se identifican con los valores clásicos de la “clase trabajadora”, y son los que más se posicionan como católicos no practicantes. Son, además, los menos altruistas, quienes menos leen tanto prensa como libros, y menos actividades de ocio realizan, incluida la televisión. En congruencia con su posición ideológica, no son nada antisistema. Según Comas, estarían encarnando el fin de un proceso de integración social que se inicia con los *estudiosos* y que les conduce hacia una situación desde la que, tradicionalmente, se articulaban las reivindicaciones políticas. En la actualidad, sin embargo, la condición de trabajador parece vincularse más hacia el conformismo. En el grupo de los *marchosos* detecta el autor, paradójicamente, más chicas que chicos. Serían básicamente estudiantes aunque una parte de ellos

ya trabajan o están en paro. Viven con los padres o con amigos y se ubican con bastante claridad en la izquierda política, adoptando de forma mayoritaria posiciones de absoluta secularización y de liberalismo moral. Los fines de semana invierten radicalmente el ritmo entre el día y la noche, y son quienes más copas toman —incluidos los días laborables—, los que están más tiempo con los amigos, y los que más van a discotecas. Pero también resultan ser, con mucho, los más cultos, ilustrados y solidarios porque son quienes más prensa leen y quienes más escuchan la radio no musical. Además, la mayor parte de los voluntarios sociales procede de este grupo, en opinión de Comas porque quizás es el colectivo que acumula a los antisistema, a los jóvenes más motivados y reivindicativos, aunque también a los más infractores y a los menos “virtuosos”. Los *consumistas* representan un cuarto estilo de vida más reducido porcentualmente y muy masculinizado, en el que también priman los adolescentes estudiantes que viven con sus padres. Son ideológicamente, a la vez, los más conservadores y los más seculares. Se caracterizan por ir de compras, salir de excursión y practicar *hobbys* no electrónicos. Serían, con relación a los valores, los más materialistas y muy poco virtuosos, pero, contrariamente a los *marchosos*, no son nada antisistema. Serían tras éstos, sin embargo, quienes desarrollan un estilo de vida más próximo a los riesgos aunque con matices peculiares. Por último, los jóvenes *hogareños* representan el grupo más pequeño, estando constituido básicamente por mujeres

distribuidas en todas las edades, aunque con una mayor presencia de adultas. Poseen el mayor índice de emancipación, se sitúan políticamente en el centro, aunque también arrojan importantes porcentajes de derecha. De manera destacada, son el grupo más religioso con un índice de práctica que casi triplica la media. Este dato explica quizás, a juicio de Comas, que en sus valores sean el grupo más integrado y el menos infractor, siendo además las menos materialistas y las más virtuosas. Aunque durante los días laborables adoptan un perfil bastante “marchoso”, durante el fin de semana adoptan un estilo muy retraído y son las que menos salen de casa. Se trata, en opinión del investigador, de un estilo de vida “opuesto” a la dualidad que preside los otros estilos de vida, y podría responder a un estilo de vida típico de “amas de casa jóvenes y modernas”.

Los autores sostienen en las conclusiones cómo a partir de los datos aportados por el estudio, la relación entre estilos de vida, valores y riesgos no parece responder a una lógica lineal, permanente y sincrónica, sino que parece sostenerse sobre una escala evolutiva en la cual los tres componentes van modificando paulatinamente sus “engranajes”. Es decir que, con la edad y el cambio de estatus, los estilos de vida irían variando, lo mismo que los valores y los riesgos asociados a los mismos. Pero este cambio evolutivo tendría lugar, además, dentro de una sociedad que también cambia. Como ha hecho notar Etzioni, los miembros de una sociedad son “transformados” en el proceso del devenir social, y

avanzan junto con la sociedad que están cambiando. Lo cual lleva implícito que el proceso evolutivo descrito en un momento dado no tiene necesariamente que ser idéntico en el momento siguiente, tal como comenta Comas, y que se hace necesario atender en todo momento a cuáles son los nuevos recur-

sos estructurales y elementos emergentes, tanto para el funcionamiento como para la transformación social.

JORDI M. MONFERRER
UNED